



# MAL PAGA EL DIABLO

ALVARO VANEGAS



*Segunda edición*

*Alvaro Vanegas*

*Mal paga el diablo*



Bogotá, abril de 2013

Segunda Edición  
Título: Mal paga el diablo  
© Alvaro Vanegas / Autor.  
Bogotá - 2013

© E-ditorial 531 / Editor  
Bogotá D.C. - Colombia - 2013  
Calle 163b N° 50 - 32  
Celular: 317 383 1173  
E-mail: [info@editorial531.com](mailto:info@editorial531.com)  
Web: [www.editorial531.com](http://www.editorial531.com)  
ISBN: 978-958-57403-1-0

Diseño de portada  
Andrés González  
Alfonso Carrillo R

Este libro fue impreso 100% en papel ecológico.

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en o retransmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, impreso, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*Mal paga el diablo*

## Agradecimientos

Supongo que cualquier escritor que logra publicar su primera novela estará tan emocionado que quiere agradecerle hasta a la señora que le vendió mil de pan cuando tenía 5 años y, lo admito, no soy la excepción. Así que si eres un lector desprevenido o si sencillamente no te interesan las cursilerías de un escritorillo cualquiera, entonces te recomiendo que te saltes esto y vayas directamente al capítulo uno. La verdad es que la historia de Laura Rincón es emocionante y, con el riesgo de pasar por arrogante, sé que la vas a disfrutar. No obstante, si te quieres arriesgar a leer estos agradecimientos, te pido que no juzgues el resto del libro por estas primeras líneas llena de sensiblería barata. Por supuesto al primero (¿o primera?) que quiero agradecer es a Dios, no solo por haber dispuesto una musa exclusivamente para mí, y que de ese modo lograra terminar la novela, sino por ser uno de los personajes de la misma. Que conste que le pedí permiso y que todas las ideas que tengo sobre él han sido plantadas, creo yo, por él mismo. Aprovecho para decirle a cualquiera que se pudiera llegar a sentir ofendido con mis ideas sobre Dios, el demonio, el cielo y el infierno, que por favor arme un mierdero bien grande al respecto, todos sabemos que nada vende más que la polémica,

sobre todo cuando es religiosa. Supongo que en ese orden de ideas también debería dar gracias al demonio, pero la verdad es que a él (¿o ella?) no le pedí permiso, así que, mi querido lector, no le digamos nada, gracias. Agradezco, por supuesto, a Andrés González y su equipo de ilustradores, estoy seguro de que su trabajo ayudará a que este libro sea leído por más personas. Ahora el turno es para mi familia. Mi mamá, mi papá, mi hermosa hermanita, mi esposa, los hijos de ella (nunca hijastros, más bien parceros), mi tía Ivonne, mi cuñada, mi suegra, mis primas, mis tíos y tías, etc. Son muchos como para nombrarlos a todos, pero los amo, ustedes los saben, aunque siempre es bueno decirlo, y me gusta pensar que es aún mejor escribirlo. En este apartado tengo que hacer un lugar especial para mi primo Iván Patricio, quien siempre me ha apoyado de todas las maneras que ha podido en esta aventura de volverme escritor y, eso sí muy a su manera, ha creído en mí y lo sigue haciendo. Gente como Jorge Quintero, Katerin Acosta, Andrés Muñoz, Raúl Harper, Alejandro Aguilar, Sergio Gamma, Juan Ramón Vera, Andrés Carvajal, Conny Camelo, Nelson Martínez, Ángela Soler, Leonardo Millán, Carolina Pinzón, Paula Andrea Vargas, Fabián Rodríguez, Juan Gabriel González, Álex David Arias, Andrés Latorre, Freddy y Leidy Pinto, Cristian Martínez, Jenny González, Felipe Hernández, Marcela Penagos, Mauricio Ruiz, Edgar Nieto, Ligia González, Andrés Gutiérrez, Jhon Mario Márquez, Héctor Mora, Diana Mahecha, Johana Bueno, Johana Franco, etc., etc., (sé que alguien se me habrá olvidado), merecen un reconocimiento de mi parte porque de una u otra forma, en mayor o menor medida, muchas veces sin darse cuenta, aportaron a que esta novela fuera terminada; no obstante, sé que la mayoría de los acá nombrados jamás llegará a leer el libro, y si lo hacen irán directamente al primer capítulo, pero nunca se sabe. A Néstor y Carolina, de E-ditorial 531, por creer en mí y ver potencial económico en esta novela. Ponién-

dome un poco misterioso agradezco a NT y YL, porque con su malevolencia y bondad, respectivamente, fueron cruciales para culminar esta historia. Por último, pero no menos importante, tengo que agradecer de corazón a ti, sea quien seas, que estás leyendo este libro, así te hayas saltado esta primera parte. Insultos, críticas constructivas o cualquier cosa que quieras decirme, tenga o no que ver con lo que escribo, lo puedes hacer a través de Twitter en @alvarovanegas11 o en Facebook, a alvarovanegas4. Parfraseando a Stephen King, ahora yo escribo esto y, dentro de cierto tiempo tú lo lees, es decir que, de alguna manera nuestras mentes se tocan, y eso, digan lo que digan, es magia.

*Alvaro Vanegas*

*Dedicado a Erica Nieto por creer que mi locura algún día será  
redituable y arriesgarse conmigo. También a Stephen King por todas  
las horas que he pasado perdido en universos creados por él y por su  
evidente influencia.*





## SEXO

Carlos Mario Urrea esperaba no despertar. Abrió los ojos sin estar muy convencido de estar vivo. Sintió como la luz del día lo obligaba a fruncir el ceño y pensó, en un vago intento de ironía, que si eso era el infierno, no estaba tan mal.

Unos momentos después, cuando estuvo seguro de no estar muerto, se levantó de la cama, indagando sobre cómo sería su muerte. Después de todo, morir mientras dormía habría sido demasiado piadoso y, ahora que lo pensaba bien, no entendía cómo era que en algún momento había tenido la absurda esperanza de que así fuera.

Fue al baño con pasos aún vacilantes y se miró en el espejo. Sonrió. Un poco escondida, pero ahí estaba su sonrisa. Por un momento quiso convencerse de que cada minuto de vida era un regalo. Pero no, Carlos Mario Urrea no era esa clase de persona. Llevaba tres años sabiendo con precisión el día en que moriría y jamás, ni en esos tres años, ni antes, había tenido pensamientos de esa clase. Nunca se encontraba a sí mismo reflexionando sobre la supuesta hermosura de esta vida o sobre los pequeños milagros que los más optimistas veían en cada pequeño detalle sin importancia práctica. No veía belleza alguna en la sonrisa de un niño y

ni qué decir en el llanto. El sol, la lluvia o cualquier cambio climático lo tenían sin cuidado. Un cachorro no lograba inspirarle un suspiro de ternura y no entendía cómo era que el mundo entero parecía derretirse ante la visión de cualquier animal de cuatro patas recién nacido. Intentaba encontrarle la magia a ese tipo de cosas, pero le era imposible. Varias veces, en aras de agradar a una mujer que pretendía llevar a la cama, lo había fingido. No era buen actor, pero descubrió que ese tipo de reacciones son tan naturales en los seres humanos que nadie se fijaba mucho cuando Carlos Mario simplemente llevaba la corriente. En cambio, cuando mostraba la apatía, la fría indiferencia que le causaban los niños sonriendo, los cachorros, los osos de peluche, las flores de colores vivos, la música, el cine... la vida misma, la gente reaccionaba de inmediato, mirándolo como si de repente hubieran notado que tenía lepra o que su piel era verde y tenía antenitas en la cabeza. Con frecuencia se había visto rechazado, insultado y, no pocas veces, agredido. Por esto, para evitar el innecesario gasto de energía, casi siempre optaba por mantenerse sonriente, fingiendo sensaciones que le eran ajenas. Al fin y al cabo, lo único que quería era sexo.

La verdad era que sin importar como actuara, Carlos Mario Urrea conseguiría lo que se le diera la gana. Estaba en su contrato. Podía ser un auténtico patán con las mujeres o podía ser el hombre perfecto. Era lo de menos, Carlos Mario Urrea sabía exactamente que querían escuchar, cómo debía hablar, que movimientos hacer, por eso, si lo decidía, tarde o temprano (casi siempre temprano) estarían en su cama. La única diferencia consistía en que cuando Carlos Mario se comportaba de manera honesta y era un simple y llano hijo de puta, al día siguiente las mujeres se sentían confundidas, en cierta medida ultrajadas por aquel hombre de barriga prominente, calvicie incipiente y un magnetismo inexplicable. Cuando abrían los ojos y se descubrían junto a Car-

los Mario roncando como un cerdo, desnudas y con el temblor propio de una noche de sexo desenfrenado y varios orgasmos que parecían sucederse unos a otros de manera espontánea, no podían entender en qué coño estaban pensando cuando habían accedido a acostarse con semejante animal. Eran pocas las que detectaban que había algo raro en ese hombre y, justo antes de caer en sus garras, lograban desprenderse, aunque fuera por unos segundos de ese carisma avasallador, para negarse a acompañarlo. Esas pocas dejaban ver una evidente mueca de asco antes de despedirse. Carlos Mario era consciente de eso pero, como con todo lo demás, no le importaba.

Ahora, mirándose al espejo con una leve sonrisa en sus labios, apenas si podía pensar en los cientos de mujeres (y uno que otro hombre, para qué engañarse) con los que había tenido sexo. Su cuenta personal, que hasta el día anterior había sido todo lo que importaba, ahora parecía lejana, como un sueño del que poco se recuerda. Todo quedaba en segundo plano cuando sabías que la muerte te estaba esperando en alguna esquina... aunque no era a la muerte a lo que temía.

Orinó metiendo la barriga, como lo hacía siempre. Le gustaba observar su miembro. Pensó por enésima vez que también debería haber pedido un cuerpo perfecto, lleno de músculos marcados y con la piel bronceada, tal vez unos cuantos centímetros más para su pene de tamaño promedio. Esa había sido una estupidez de su parte. El velo del sueño terminó de desaparecer y por fin fue del todo consciente de lo que le esperaba. El infierno.

La muerte, al igual que tantas otras cosas que parecían afectar tanto a los demás seres humanos, lo tenía sin cuidado. Era lo que ocupaba su cabeza y su corazón, de eso no había duda, pero también era cierto que no le tenía miedo, solo le provocaba una suerte de ansiedad. Tal vez por la incertidumbre de no saber en qué momento y de qué forma lo iba a encontrar. Lo que realmen-

te le asustaba era lo que venía después, lo que había aceptado al firmar el contrato. Era, sin ir más lejos, miedo a lo desconocido y en especial al dolor, tal vez lo único a lo que Urrea le temía.

Se duchó esperando resbalarse y desnucarse, esas cosas pasan. Se vistió esperando un paro cardíaco, tenía antecedentes familiares. Desayunó esperando atragantarse con un pedazo de pan hasta asfixiarse, no había nadie para ayudarle. Leyó el periódico esperando que su cabeza fuera atravesada por una bala perdida, según los noticieros eso ocurría todos los días en algún lugar de Colombia. Aguardó por un par de horas, sentado en un sillón en el balcón de su apartamento ubicado en el cuarto piso del edificio. La muerte no llegó, era como si le estuviera concediendo algo de ventaja.

Pensó en llamar a alguna mujer para tener sexo una última ocasión, tal vez intentarlo una vez más con la vecina del apartamento 302, aunque sabía que ella era la única que jamás le daría nada. Pero por primera vez en su vida, que él pudiera recordar, no tenía ganas. A esas alturas, ocuparse en el cuerpo de una mujer, recorrerla con presteza, usar su boca y sus manos con la habilidad que lo caracterizaba, para de manera rápida e inexorable llevarla al éxtasis, le pareció demasiado trabajo. Era más fácil masturbarse y el resultado era el mismo. Se masturbó, una última paja, pensó, no muy divertido. Lavó sus manos sin mirarse al espejo. Ya no sentía la disposición para enfrentarse a sí mismo.

Pidió una pizza por teléfono. Esperó al mensajero sentado en el mismo sillón. Cuando lo vio llegar se imaginó que tendría un arma escondida en la caja donde supuestamente debía traer la pizza. Sin que Carlos Mario pudiera siquiera parpadear, le encajaría un par de tiros en la frente. Lo remataría en el corazón cuando hubiera caído. Sería una muerte espectacular, digna de ser contada. La pregunta era quién la contaría. No había nadie en este mundo a quien le importara un pepino que Carlos Mario

Urrea fuera asesinado. Reflexionó un poco en ese detalle. No, no le importaba.

El mensajero timbró en su apartamento y Carlos Mario abrió la puerta del edificio. Llegó sin más a la puerta donde ya estaba Urrea esperándolo con el dinero. No traía ningún arma. Carlos Mario pagó un poco decepcionado. Recibió el vuelto sin entregar propina. El dinero no le haría falta, y eso ni siquiera había tenido que incluirlo en el contrato, su falta de atractivo y elocuencia era compensada con un olfato infalible a la hora de hacer negocios, olfato que solo le había fallado a la hora de firmar el contrato que hoy lo tenía al borde de la muerte. La finca raíz era su forma de vida y su cuenta bancaria siempre mostraba números de mínimo siete cifras. No, el dinero no era problema, mucho menos ahora que su tiempo estaba a punto de terminar. Pero dar propina no era su estilo, a menos que fuera por un trabajo que él mismo no pudiera hacer. Carlos Mario era capaz de entregar una pizza, por lo tanto, el mensajero no merecía propina.

Solo engulló, sin disfrutarlo en realidad, un trozo de pizza, los siete trozos restantes fueron a parar a la basura. Ni por un instante se le pasó por la cabeza regalarle el resto a algún indigente o dejárselo al vigilante nocturno del edificio donde vivía, lugar de su propiedad, o tal vez a algún perro callejero. No era algo malintencionado, simplemente no se le ocurrían ese tipo de cosas.

A eso de las tres de la tarde decidió que no quería seguir esperando. Tomó un abrigo del armario y salió del apartamento a tomarse un trago en una licorera cercana. Bajando las escaleras se cruzó con la inquilina del 302, ella no dijo nada, se limitó a mirarlo con los ojos hinchados, al parecer había estado llorando. Por un fugaz instante a Carlos Mario se le pasó por la cabeza preguntarle qué le pasaba, pero sabía que le contestaría con dos piedras en la mano. Desechó la idea cuando la miró más de cerca y constató una ira que parecía a punto de estallar. Carlos Mario

tenía claro que con esa mujer era mejor no meterse, de hecho, en los últimos dos años apenas había cruzado palabra con ella cada mes para recibir el dinero de la renta del apartamento. Sintió como un escalofrío le recorría todo el cuerpo.

No solía tomar tan temprano. En parte porque no era un tomador empedernido, en parte porque su objetivo cuando salía de su casa era, siempre, sin excepción, conseguir una mujer para acostarse con ella y tenía muy claro que las mujeres que valía la pena tirarse no estaban a las tres de la tarde de un miércoles en una licorera.

No obstante, había alguien. Era pelirroja (sus predilectas), de piel blanca y perfecta como marfil. Sus ojos verdes brillaban por causa de las lágrimas. Lágrimas que, de algún modo, no habían malogrado su maquillaje. Bajo su blusa se adivinaban dos senos perfectos. La falda de ejecutiva dejaba vislumbrar unas piernas que podían envolver a cualquier hombre y hacerlo perder para siempre en su larga extensión. Estaba sentada, por lo que no podía estar seguro de cómo lucía el culo de la pelirroja, pero Carlos Mario sabía (tenía ojo clínico para esas cosas) que sería espectacular. De repente, la perspectiva de tener sexo volvió a cobrar sentido y supo en ese instante, como le pasaba con frecuencia desde hacía tres años, que dentro de poco estaría tan dentro de la pelirroja que casi se fusionarían en un solo cuerpo.

Carlos Mario se acercó a ella y, por un momento, tuvo la inesperada certeza de que esa mujer sería testigo involuntaria de su muerte. Pero eso, como casi todo, tampoco le importaba. La visión de esa mujer desnuda encima de él opacaba cualquier otra percepción. Incluso el miedo que sentía de ir al infierno era nebuloso en ese momento.

Luego de abordarla con toda la seguridad que su contrato le confería y farfullar un par de palabras que siempre funcionaban, tuvo que aguantar a la mujer hablando durante casi una hora de

su reciente despido, razón por la cual estaba llorando. La escuchó fingiendo interés, asintiendo cuando era necesario, sonriendo en los momentos precisos, hablando cuando hacía falta. Todo un experto. Como un actor que interpretara el mismo papel, con el mismo guion, por enésima vez. Llevó a la cama a la pelirroja sin recordar siquiera su nombre.

Carlos Mario Urrea murió desnudo, en su cama, a los 43 años de edad. Respiró por última vez en medio de un orgasmo, con la cara roja y congestionada. Algo que vio en el momento del clímax, tras la pelirroja que se movía sobre él, causó que su cuerpo colapsara, así de simple. Su corazón, su hígado, sus pulmones; todos sus órganos entraron en huelga al mismo tiempo. La pelirroja sin nombre nunca lo supo, pensó que estaba dormido. Durmió con el cadáver durante un par de horas. Luego, cuidándose de no hacer ruido, salió de la casa.

El cuerpo del gordito Urrea, como solía llamarlo la vecina del 302, fue encontrado una semana después, cuando la fetidez traspasó las paredes y llegó a los vecinos del edificio. Medicina legal contactó a varios familiares para informarles de la muerte. Nadie reclamó jamás el cadáver.



# VEINTICUATRO NEGRO

## 1

El destino de Laura Rincón, representado por una pequeña bola de teflón marfilado, daba vueltas, indiferente a las miradas ansiosas de los presentes, en una ruleta de un casino del centro de Bogotá.

El veinticuatro negro del tablero junto a la ruleta ostentaba una apuesta de doscientos mil pesos. Sus últimos doscientos mil pesos. Sin miedo, por lo menos en el momento de apostar, Laura Rincón había jugado al veinticuatro negro, pleno. Nada de ir por cuatro o por dos números, Laura tenía que ir por todo. Su compulsión por el juego ya no la dejaba ir por menos. Laura jamás había probado un alucinógeno en su vida, además solo tomaba de vez en cuando y era poco el placer que encontraba en el licor. Su vicio eran los juegos de azar, una desesperada necesidad de apostar. La ludopatía, en realidad no era diferente de cualquier otra adicción. Luego de cuatro años de apostar en cuanto casino se

atravesaba en su camino, ya no bastaba con jugarse dos mil o tres mil pesos por mano para irse a dormir, por fin, luego de perder unos cuantos cientos de miles de pesos. Ahora no apostaba menos de treinta mil pesos por mano, ya fuera de Black Jack, póker o ruleta, su preferida. Muchas veces la noche bogotana la pilló fuera del casino, arrepentida hasta los huesos, con varios millones menos en su haber y deprimida a tal punto que el mundo entero empezaba a perder sus líneas.

En su mente, que parecía dar vueltas con la ruleta, hacía cuentas. Ganar en la ruleta al número pleno, significaba multiplicar instantáneamente la apuesta treintaicinco veces. Esos doscientos mil pesos se convertirían en siete millones y ese sería apenas el inicio de su vertiginosa recuperación. Tal vez jugando Black Jack durante un par de horas. Luego pasaría al póker, que daba más dinero, aunque también quitaba más, y contando con que la suerte la acompañara otro par de horas, volvería a la ruleta. Saldría del casino con unos cincuenta millones según sus cuentas. De ese modo empezaría por recuperar el dinero de la venta de su casa, vendida por una minucia para seguir jugando. Comería su primera comida decente en varias semanas. Eso sería solamente para empezar. Después de eso se repondría, montaría algún negocio con el dinero, dejaría de jugar, conseguiría de nuevo trabajo, recuperaría a sus amigos, a su familia. Tendría de vuelta su vida. Cuando de armar castillos en el aire se trataba, la mente de Laura Rincón era la mejor.

La bola de color marfil seguía dando vueltas. Oyó, a lo lejos, aunque en realidad el croupier se encontraba a muy poca distancia, que alguien decía “no más apuestas”.

Todo se reducía, en ese preciso instante, a un color y un número de dos cifras.

Cuando jugaba ruleta, mientras esperaba a que la pelotica parara en algún número, en este caso en el veinticuatro negro,

(de eso estaba segura), Laura Rincón solía divagar y pensar en mil cosas a la vez.

Esta vez recordó a su esposo. Lo vio acostado en la cama, inmóvil, con la boca llena de una espuma blanca y el frasco de *orfidal*, casi vacío, en la mesa de noche.

Recordó a su madre diciéndole, después de ser víctima de varios robos por parte de Laura, que no la quería volver a ver hasta que no dejara su ludopatía o hasta que estuviera a punto de morir, lo que sucediera primero.

Recordó a su hijo Ricardo, de seis años. Lo vio salir por la ventana del décimo piso y caer, de cabeza, en el asfalto.

Recordó algo un poco más actual. La noche anterior, en la que, después de convencer a su madre con un montón de mentiras, le había robado doscientos treinta mil pesos. Su madre había tenido suerte de no tener más efectivo en ese momento.

Laura había estado a punto de tomar la decisión de prostituirse pero en el último momento se había arrepentido. Sin otro lugar a donde ir y al borde del suicidio, había corrido a buscar a su siempre dispuesta mamá. Con lo que robó pagó la habitación en la que dormía, si es que a ese cuchitril se le podía llamar “habitación”, un almuerzo bastante mediocre, jabón, papel higiénico y, por supuesto, había vuelto al casino. Solo que esta vez no iba a probar suerte, esta vez estaba segura de que ganaría. En un sueño había visto el veinticuatro negro y esas cosas no se podían dejar pasar. Eso decían todos sus compañeros del casino. Incluyendo a Marcial, un negro bonachón que había llegado del Chocó a Bogotá hacía más de cuarenta años y que estaba jugando desde antes que Laura naciera, según palabras del mismo Marcial. El negro parecía regodearse en su propia adicción, pero cargaba con una tristeza profunda que traslucía por sus ojos. Esa mañana cuando Laura llegó al casino, al primero que vio fue a él, que jugaba en una maquina tragamonedas. Marcial la miró llegar y le sonrió,

con la boca no con los ojos. Hacía mucho Laura había notado que la gente en los casinos, ya sean jugadores, *crupieres*, *pit bosses*, *dealers* e incluso los mismos dueños, a los que en alguna ocasión había visto, siempre sonreían con la boca pero nunca con los ojos. Lo más seguro era que ella también hubiera perdido esa habilidad y a veces la sorprendía el hecho de que aún pudiera sonreír.

La bola blanca empezaba a detenerse cuando pasaba por el veintisiete rojo. Laura, aun pensando en su hijo muerto, seguía con atención a la pequeña esfera que la iba a sacar de su infierno. La canica blanca pasó sin más por el trece negro y siguió su marcha. Laura apenas respiraba. Once negro, treinta rojo, ocho negro. Laura de nuevo revivió el momento en el que su hijo Ricardo, cinco años atrás cuando ella llegaba del colegio donde daba clases, caía desde el décimo piso. La bola ya casi se detenía por completo. Veintitrés rojo, diez negro. Solo tenía que sortear el cinco rojo para llegar a la casilla escogida por Laura, pero la esfera se detuvo por completo. Que mierda, que grandísima mierda. Laura cerró los ojos, la imagen de Ricardo estrellándose en el suelo frente a la entrada del edificio se negaba a desaparecer. Supo, en ese momento que no tenía otra opción que suicidarse. De nuevo a la distancia, escuchó que alguien decía “veinticuatro negro”. Luego escuchó algunos lánguidos aplausos y los abrazos de sus compañeros de mesa.

Abrió los ojos sin entender nada. Miró a la mesa y vio a la pequeña bola blanca posada en el veinticuatro negro. El crupier la miraba sonriendo, de esa manera medio macabra en la que sonreían todos, mientras un asistente contaba el dinero que tenía que entregarle. En la misma máquina estaba Marcial, que la miraba desde lejos con la expresión bonachona de siempre, agitando su mano derecha en señal de despedida. Era obvio que el bueno de Marcial quería que se fuera, no volverla a ver en su vida. Pero también era obvio que Marcial sabía que ella no se iría, que ten-

dría que seguir jugando. Y de pronto, esa verdad la golpeó por la espalda, causándole un vago dolor en la boca del estómago. No importaba cuanto ganara en una partida, en dos o en cien partidas. Al final lo perdería todo, porque ella tendría que seguir jugando, era lo único que lograba paliar, aunque fuera un poco, el dolor que le carcomía las entrañas desde que Ricardo había muerto y la casa siempre, tarde o temprano, ganaba. Mientras recibía los siete millones sintió ganas de llorar, pero las lágrimas se negaban a salir. Tal vez también había perdido esa habilidad. Que mierda, que grandísima mierda.

## 2

El ron era de los pocos licores de su agrado. Laura Rincón pidió uno con Coca-Cola y bastante limón. Se sentó en la barra del casino, observando a Jonathan, el *bartender* que con sus facciones fuertes rayando en lo burdo y esos brazos gruesos, había hecho parte de las fantasías de Laura desde hacía dos años.

—Se me hace que alguien tuvo suerte hoy— dijo Jonathan, observando el montón de fichas que Laura aún estaba acomodando.

Ni siquiera se había tomado el trabajo de hacerlas reducir para cambiarlas por efectivo. No lo había hecho de manera consciente, pero su mente buscaba razones para continuar dentro del casino.

—De vez en cuando se le puede ganar a la casa —respondió Laura, con tono ausente.

—Muy de vez en cuando —dijo Jonathan— yo de ti, me iba ahora mismo para mi casa.

—No tengo casa, tal vez si me invitas a la tuya... —Laura lo miró intentando verse seductora.

—¿A qué número apostaste? —preguntó Jonathan, disimulando sin mucho éxito la risa nerviosa que le provocaban las constantes insinuaciones de Laura.

Alguna vez había accedido a salir con una de las jugadoras del casino. Su nombre era Valeria. Gran error. Casi pierde su trabajo por esa gracia. La dulce Valeria, adicta al juego desde los dieciocho años, resultó ser una loca obsesiva y celosa. No era que le hubiera sorprendido. Luego del tercer ataque de celos, el que incluyó un escándalo en pleno casino, Jonathan tuvo que imponerle una caución en la policía. Ella simplemente había buscado otro casino para jugar y se había olvidado de él. Jonathan, por su parte, tuvo que lidiar con la situación. Pero contó con suerte, su jefe, un hombre que seguramente había pasado por alguna situación similar tal vez varias, dejó pasar el incidente, no sin antes advertirle que sería la última vez. Laura Rincón era una mujer hermosa, pero no tanto como para arriesgarse.

—Lo volviste a hacer —dijo Laura—, eres un experto.

—¿Hacer qué? —preguntó Jonathan, procurando sonar sinceramente confundido.

Laura guardó silencio, bajó la mirada a la barra, miró el montón de fichas y suspiró, decidiendo si era buena idea seguir con el tema.

—¿Y mi ron? —dijo por fin.

—Aquí está —respondió aliviado, alcanzándole la copa de licor a Laura.

Laura tomó un sorbo, el ron se sintió caliente en su garganta. Era una sensación agradable después de todo. Saboreó el limón por un segundo y decidió dar la última estocada de la noche.

—Algún día cederás.

—No tengo idea de que me hablas Laurita.

Al mismo tiempo dejaron salir una sonora carcajada. Reír siempre alivia. En medio de la risa, Laura no notó al hombre de

traje gris que se sentaba muy cerca a ella y pedía exactamente el mismo trago.

### 3

Jonathan siguió en sus asuntos, atendiendo los pedidos de otros jugadores, dejando a Laura con sus pensamientos.

El día de la muerte de Ricardo, Laura estuvo calificando unos exámenes y salió tarde del colegio. Antes de ir al apartamento, donde su hijo y la niñera la esperaban, había pasado por una tienda cercana para comprarle un chocolate a cada uno de los hombres de su vida. Siempre, desde el momento de la tragedia, creería que esos minutos habían sido cruciales para la supervivencia de su hijo. Una cuadra antes de llegar al edificio tuvo la certidumbre, inesperada e inexplicable, de que algo malo ocurría. Apuró el paso. No fue suficiente para evitar lo que pasó, pero sí para ser testigo de la caída.

El niño estaba mirando por la ventana que daba a la avenida Caracas. Cuando Laura volteó por la calle cuarentaicinco, Ricardo la vio y quiso saludarla desde arriba. Por alguna razón dio un pequeño salto. Resbaló. Sin nada de lo que se pudiera sostener, cayó. Fue un accidente muy extraño. Laura lo presencié todo con una absurda lentitud, es curioso cómo el universo se ensañaba contra nosotros en esos pequeños detalles. El niño no demoró más de unos cuantos segundos en caer, pero a su madre le parecieron una eternidad. Lo que quedó de Ricardo, el niño de mejillas rosadas y sonrisa encantadora, no fue mucho. A partir de ahí, los recuerdos de Laura eran inciertos, como si su vida fuera una película y alguien, con malicia, hubiera cortado varios cuadros de uno de los rollos. Recordaba a duras penas los gritos de la gente y a su esposo, que unos minutos más tarde había llegado,

tratando de calmarla. Ella jamás se recuperó. Unos meses después su matrimonio acabó de manera abrupta. Jorge, su esposo, no aguantó más y tomó la salida rápida. El rayo cayó dos veces en el mismo lugar y Laura, que suerte, que condenada suerte, fue la que encontró el cadáver.

Cuando el hombre de gris interrumpió sus pensamientos, Laura se sintió agradecida, ya veía otra de sus depresiones viniendo. Algo dijo el hombre, pero Laura no logró entender al principio.

—¿Me decía? —preguntó frunciendo el ceño.

—Preguntaba si podía invitarte un trago, tal vez uno igual al que estás tomando.

—No entiendo —respondió Laura, aún con el ceño fruncido.

Y era verdad. Ya eran varios años desde que un hombre se le acercaba para invitarle un trago. Laura había olvidado por completo lo que tenía que hacer en un caso como ese. No entendía, eso era de lo único que estaba segura. No sabía si debía rechazarlo o aceptar el trago. No sabía si aceptarlo implicaba alguna otra cosa a la larga. No sabía si el hombre que le estaba hablando, con esa voz profunda y tranquilizante, era en realidad un psicópata que trataría de envenenarla. No sabía, no entendía.

El hombre del traje gris pareció darse cuenta de que Laura necesitaba unos segundos y prudentemente guardó silencio. Pero no parecía dispuesto a dejarse vencer por la actitud despistada de Laura, volvió al ataque.

—Solo intento invitarte a tomar algo. No hay nada que entender en realidad.

—Sí, claro —dijo Laura después de otro par de segundos—, perdón, es que estoy un poco distraída últimamente.

Jonathan la miró para demostrarle que si necesitaba ayuda, él estaba ahí. Laura lo notó pero por alguna razón que hasta ese momento no podía entender, siguió hablando con el hombre.



—Mi nombre es Felipe —dijo el sujeto, sin quitar su mirada de los ojos de Laura.

Ella también lo miraba, pero no atinaba a decir nada.

—Este es el momento en el que deberías decirme el tuyo —volvió a hablar Felipe.

—Laura —respondió inmediatamente, sin ser muy consciente de haber hablado.

No podía apartar su mirada de Felipe. Su rostro era alargado, simétrico y, casi de manera sobrecogedora, atractivo. Sus ojos tenían un brillo especial, tan evidente que resultaba antinatural. Felipe sonrió, con la boca y los ojos, como debía ser y, detrás de unos labios que parecían dibujados por algún artista, dejó ver unos dientes que parecían irreales de lo mismo blancos. Una sonrisa de comercial. Laura sintió, como en una oleada, unas casi irresistibles ganas de besarlo. A duras penas se contuvo.

—¿Qué me dices Laura? ¿Aceptas ese trago?

Laura lo pensó un poco más. Pero más por auténtico nerviosismo que por cualquier otra cosa. No tenía idea de que ese momento sería crucial en su vida. La decisión que estaba a punto de tomar partiría su historia en dos. Apuró el último sorbo del ron que tenía en la mano.

—Sí, ¿por qué no?

—¿Lo mismo?

—Lo mismo —repitió Laura, sintiéndose idiota, sonriendo como una idiota, sabiendo que lucía como una idiota.

—Bien, muy bien —replicó Felipe—, era lo que esperaba, tenemos mucho de qué hablar.

—¿En serio? —Laura estaba interesada de verdad, no era una pregunta retórica— ¿De qué tenemos que hablar?

—Podríamos empezar por los siete millones que tienes en este momento.

Laura miró el montón de fichas. Era increíble, pero había olvidado el dinero, tal era el efecto que Felipe producía en ella. Sin embargo, el volver a ser consciente de la existencia de ese dinero, y de que tenía la urgente y compulsiva necesidad de multiplicarlo, hizo retornar un vacío en el estómago que no le gustaba del todo pero que sin el cual no podía vivir. Era el vacío que le provocaba la perspectiva de apostar contra todas las posibilidades.

—¿Cómo sabes que tengo siete millones? —preguntó, con un ápice de prevención.

Felipe no respondió, se limitó a mirarla fijamente. Laura se descubrió pensando en cómo se sentiría esa mirada sobre su cuerpo desnudo.

—¿Y de qué podríamos hablar tú y yo que tenga que ver con este dinero?

—De cómo multiplicarlo. Sé que tienes planeado llegar a los 50 millones. A mí esa suma me parece muy pequeña —En el tono de Felipe se adivinaba tanta seguridad que cualquiera diría que estaba hablando del color de sus zapatos—. ¿Qué te parecerían unos doscientos millones para empezar? Es la primera cantidad que me viene a la mente.

Laura enmudeció. La conversación había tomado un curso inesperado demasiado rápido. No era que creyera en realidad que un desconocido le pudiera arreglar la vida, por lo menos en lo que a dinero se refería, pero doscientos millones era demasiado dinero, tanto como para tomarse el tiempo de escuchar lo que ese hombre tuviera para decir.

Doscientos millones. Tardaría mucho tiempo antes de perderlo todo.

## 4

No supo cómo ni en qué momento, pero Laura terminó accediendo a llevar a Felipe al cuarto donde estaba durmiendo. Algo en él le generaba una ligera inquietud, algo que no lograba identificar, pero al mismo tiempo, la hacía olvidar de esa apremiante necesidad de apostar y eso siempre era de agradecer.

Caminaron en silencio durante unas cuerdas y luego, sin que Laura entendiera qué pretendía, Felipe la tomó de la mano. Ella, a pesar de su desconcierto, no lo soltó, al contrario, lo asió con fuerza. Así caminaron durante casi quince cuerdas por la fría noche bogotana a través de calles que muchos evitarían, para llegar al inquilinato. Laura nunca notó, por lo menos ese día, que los indigentes le abrían paso a Felipe, igual que a una persona que camina con un pitbull, igual que a un camión de 10 toneladas que anda por una avenida. No era algo consciente, la gente se movía casi sin darse cuenta, como por una especie de reflejo involuntario.

Felipe no reaccionó como Laura esperaba al entrar al cuarto, no hubo sorpresa o asco en su rostro. Era casi como si supiera exactamente con qué se iba a encontrar.

Las paredes estaban corroídas por la humedad y en algunas partes se veía un color verde de moho, que contrastaba con lo que alguna vez fuera un intenso azul. La habitación estaba dominada por una cama que no era de Laura y, que por su aspecto, había sido testigo del sueño de toda clase de personas. El colchón dejaba ver varias rasgaduras por las que se entreveía una especie de algodón viejo y sucio. Las cobijas estaban raídas y se notaban muy delgadas. La almohada era sencillamente deprimente. En un rincón del suelo, Laura había acomodado lo mejor que había podido la poca ropa que le quedaba, pues sus mejores vestidos ahora estaban en alguna tienda de ropa usada en Chapinero, y

en una vieja mesa de noche había un libro casi descuadernado, el título “La mitad siniestra” era apenas visible. Laura de vez en cuando le echaba una ojeada, intentando sin éxito recuperar su viejo hábito de lectura.

Felipe no dijo nada al entrar, solo se sentó a los pies de la cama y miró a Laura, con expresión neutra. Laura se limitó a observarlo con algo de aprensión, mientras intentaba comprender que era lo que la había impulsado a llevar a ese hombre hasta allí. Solo habían compartido un trago y hablado por unos minutos, pero ahí estaba ella, con un desconocido que bien podía ser cualquier clase de loco, encerrada en un cuarto de mala muerte, en un inquilinato barato, donde nadie se inmutaría ante los gritos de ninguna mujer. Durante unos segundos no dijeron nada. Fue Felipe, para fortuna de Laura, quien se sentía cada vez más confundida, el que rompió el incómodo silencio, luego de un suspiro que, a los oídos de Laura, fue de compasión.

—Estoy seguro de que no es esto lo que quieres para tu vida—  
—La miraba a los ojos sin pestañear, Laura sentía que una especie de calor empezaba a invadirla—, esto no es lo que nadie quiere para su vida y ciertamente no es lo que te mereces.

Laura no sabía cómo reaccionar ante esas palabras, tan obvias pero tan contundentes. Sonaban muy bien, incluso prometedoras, pero no acababa de entender qué era eso tan inquietante que había en Felipe. Fuera lo que fuera no cuadraba con todo el asunto y, por alguna razón, Laura percibía que era algo... ¿corrosivo?, ¿maligno? No, no lograba definirlo o no quería, daba lo mismo.

## 5

Laura continuó en silencio, pero no porque no quisiera hablar, al contrario, eran tantas las cosas que se le venían a la mente en ese momento que no atinó a decir nada, como una multitud de personas tratando de pasar al mismo tiempo por una puerta muy estrecha. Felipe, que ya parecía acostumbrado al silencio de Laura, siguió hablando:

—Hay que solucionar esta situación.

—¿Solucionar? ¿Quién dice que tengo un problema? —respondió Laura de manera atropellada, sonando más beligerante de lo que pretendía.

—¿Problema? No, nadie ha dicho eso —respondió Felipe, con un deje de sarcasmo—, supongo que vivir en estas condiciones, comiendo cuando mucho una vez al día, ser una jugadora compulsiva, haber perdido la confianza de todos aquellos que te aman y no tener en donde caerte muerta no es un problema.

Laura lo escuchaba con atención, indagando en silencio sobre el momento en que ella le había dicho todas esas cosas, pero estaba segura de que eso no había ocurrido, ¿quién era ese hombre que ahora le hablaba sobre su vida? ¿Acaso la había estado espiando? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Estaba soñando?

—No sé de qué hablas —afirmó Laura procurando sonar tranquila—, pero te recuerdo que acabo de ganarme siete millones de pesos—. Ahora reparó en algo, de alguna extraña manera este hombre la había embaucado, logrando que no apostara esos siete millones y llevándola hasta el inquilinato en donde se veía obligada a vivir.

De un momento a otro todo adquirió claridad, su aspecto pragmático casi gritaba la solución a lo que estaba pasando, a casi todo. Este hombre quería robarle, era tan sencillo como eso. La había visto en el casino ganando en la ruleta, había averiguado su

nombre (eso no era nada complicado, ese casino era el que más frecuentaba y casi todos la conocían, era factible que el mismísimo del bonachón de Marcial le hubiera dado toda la información) y con ayuda de un carisma casi sobrecogedor, la había arrastrado hasta un lugar donde era totalmente vulnerable. ¿Pero de verdad la había arrastrado? ¿No estaba ella donde estaba por su propia decisión? Ya no lo recordaba, pero resultaba más cómodo pensar que la habían engañado. Sopesando las posibilidades, era casi lo mismo. Si no la robaba Felipe, o como fuera que se llamara, seguramente iba a perder hasta el último centavo en el transcurso de las siguientes veinticuatro horas. Casi sin darse cuenta fue consciente de que estaba agarrando con fuerza el fajo de billetes que tenía en el bolso. Ni siquiera recordaba en qué momento había cambiado las fichas, eran apenas fragmentos de imágenes que se superponían unas a otras antes de llegar a la habitación. Tal vez aún pudiera salvar el dinero. Tal vez, de alguna extraña manera pudiera escaparse, salir de nuevo a la noche bogotana. Tal vez...

—No pienso robarte— Felipe interrumpió los pensamientos de Laura con voz fuerte y cortante, como alguien que empieza a perder la paciencia con una niña que no logra aprenderse las tablas de multiplicar—. No seas tonta, no necesito tu dinero.

—¿Qué... qué dijiste? —balbuceó Laura.

—Que no pienso robarte, puedes estar tranquila, no me interesa tu dinero.

En la voz de Felipe no había visos de arrogancia o de amenaza, él simplemente estaba apuntando los hechos. Lo dijo de manera tan segura y convincente que Laura no pudo evitar sonreír y farfullar un “gracias”, que fue apenas audible. El hecho de que de algún modo Felipe había sabido lo que ella estaba pensando fue algo en lo que Laura deliberadamente prefirió no profundizar.

—No tienes que agradecerme nada “Pequeña Laura”, estoy aquí para ayudarte.

Laura dio un respingo, de nuevo el miedo la atenazó pero ahora lo sentía más presente y mucho, mucho más grande. “Pequeña Laura” era el modo en que la llamaba su padre, muerto quince años atrás. Casi siempre, ese “Pequeña Laura” era el preludio de lo que él, con un tono de voz que pretendía ser tierno y conciliador, llamaba “momento de padre e hija”, algo que consistía en su padre conteniendo gemidos, moviéndose como un animal en celo sobre su hija, y Laura, a su vez, conteniendo el llanto, recibiendo como latigazos cada embestida de las caderas de su “amoroso” padre.

Sin embargo, por más inquietante que fuera la coincidencia, podía ser una mera casualidad. Laura, que para esas alturas sentía el corazón desbocado, miró a Felipe a los ojos, a esos profundos, cautivantes y aterradores ojos.

—¿Quién eres tú? —dijo Laura, era la pregunta más obvia, pero, por alguna razón, no la había formulado.

—Creo que lo sabes —respondió Felipe sin mirarla, y palpando con las manos el material del raído cobertor en su cama.

Ella, a quien una respuesta, absurda e inaceptable, se le empezaba a materializar en la mente, volvió a preguntar.

—No tengo idea, no te conozco, ¿quién putas eres?

Felipe sonrió, parecía complacido con la ira que empezaba a invadir a Laura. Ella comprendió que, de algún modo, Felipe sabía exactamente lo que estaba sintiendo.

—Tengo muchos nombres.

—Eso no tiene sentido.

—Lo tiene, si has vivido por mucho tiempo, cada civilización tiende a nombrar aquello que no puede comprender o controlar de la manera más sonora y aterradora que puede —Felipe hablaba casi aleccionando a Laura—, hay varios de mis nombres que, tengo que decirlo, me encantan, pero, tomando en cuenta que en esta época las personas necesitan que las sacudan para en-

tender, me puedes llamar Belcebú— Laura abrió los ojos aterrada, era exactamente la respuesta que tenía en la mente—, o Felipe, si es que lo otro te parece demasiado dramático, a mí me da igual.

Laura, o por lo menos, esa Laura racional que a veces se negaba a aparecer luchó contra lo que significaba la respuesta de Felipe. Se negaba rotundamente a creer que estaba hablando con el mismísimo Diablo, con el Ángel Caído. Y es que este hombre ni siquiera afirmaba ser un demonio cualquiera, decía ser el jefe, la maldad encarnada. No, no era posible, era lo más...

—Es lo más estúpido que has escuchado en tu vida— completó en voz alta Felipe.

Laura sintió una punzada en el estómago de auténtico pánico, algo muy parecido a lo que había sentido mientras veía a su hijo caer cinco años antes.

—Pero creo que la palabra que en realidad estás buscando es absurdo —continuó Felipe—, estúpido sería que te dijera que soy Freddy Krueger. No obstante, por tu reacción y por lo pálida que te pusiste, asumo que estarías más dispuesta a aceptar eso. Pero lo siento, ese soy, Belcebú, Satán o “El Putas”, como me llaman en algunas partes de este país. Por más absurdo que parezca, por más absurdo que sea, así es. Y entre más rápido dejes la estupidez y lo aceptes, más rápido te voy a poder contar qué hago aquí.



Esperamos que haya disfrutado esta muestra de *Mal paga el diablo* del escritor colombiano **Alvaro Vanegas**. Lo invitamos a que comparta y difunda esta muestra, logrando así que la lectura sea una forma de entretenimiento masivo. Igualmente, si quiere conocer la obra completa haga clic aquí.

